

# P A P E N F U S S

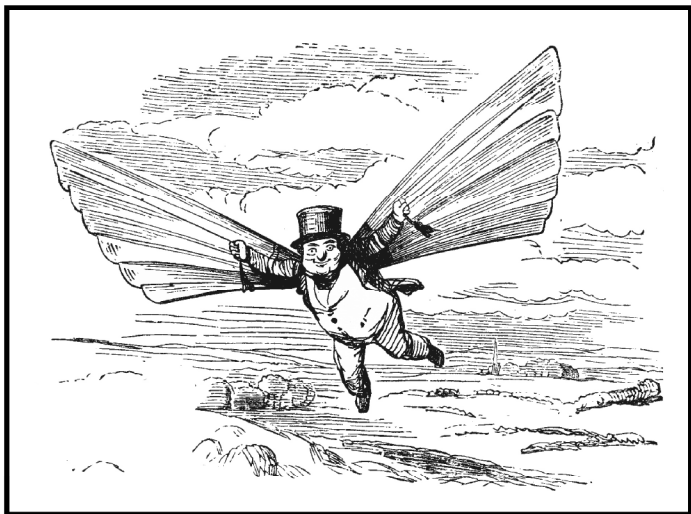
BOLETÍN GRATUITO DE RELATOS



APAPA



## VII CERTAMEN JULIO SACRISTÁN BENÍTEZ





Desde el año 2004 en Apaipa trabajamos la inclusión como foco principal de nuestra actividad a través de tres bloques de programas: cultura inclusiva, concienciación social y ocio inclusivo recreativo.

Gracias al esfuerzo y dedicación de todos sus integrantes y colaboradores, Apaipa actualmente es una asociación de referencia donde se ensaya una realidad social plural.

En nuestros programas, todos los niños y jóvenes son importantes; cada miembro del grupo asume que pertenece a él con independencia de sus limitaciones.

En este momento Apaipa está compuesta por 188 miembros entre voluntariado, familias y socios.



**APAIPA**



**ACTIVIDADES**



**COLABORA**



## **VII CERTAMEN JULIO SACRISTÁN BENÍTEZ**

Desde el año 2014 organizamos un certamen sobre cine, teatro, danza y relatos cortos que ayude a concienciación y visibilidad de las personas con diversidad funcional.

Este Certamen recibe su nombre en honor y homenaje póstumo a Julio Sacristán Benítez (1995-2014), cortometrajista y socio co-fundador de esta asociación, sin cuya colaboración y trabajo nunca habría nacido esta iniciativa.

La temática de los proyectos presentados ha de girar en torno a la discapacidad, la inclusión y la empatía con lo diferente o/y tener un autor o autora con diversidad funcional.

El concurso va dirigido a participantes de todas las edades, quienes podrán participar de forma individual o en grupo.

Los objetivos del Certamen son promover la concienciación sobre la inclusión social de las personas con diversidad funcional y la concienciación en positivo sobre la diversidad funcional.

### QUIZÁ ESTA NOCHE

Juan Lorenzo Collado

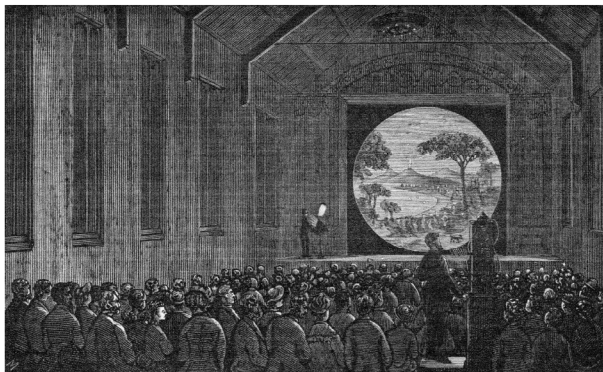
GANADOR CATEGORÍA ADULTOS

**L**a película es una obra maestra, pero no puede concentrarse en ella a pesar de que la ha visto en innumerables ocasiones y siempre le ha gustado.

La copa de brandy tenía que haber hecho efecto en su cuerpo. Una copa es suficiente para ser placebo y hacerle arrinconar sus problemas y ver la película con tranquilidad.

No consigue olvidar los ojos tristes de la taquillera. Cree que se parece a una muchacha que conoció hace mucho tiempo en su pueblo, pero no consigue acordarse de su nombre, mientras Priscila Lane dice Mortimer una y otra vez.

Le encantan las películas de Cary Grant, las tiene todas en DVD, pero no hay nada como verlas en un cine.



Hay otros actores que le gustan, aunque este tiene algo especial...

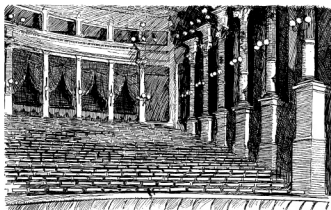
La película continúa. No puede abstraerse, su cabeza escapa a los problemas de cada día, a la soledad, a la mirada de la taquillera.

La película acaba y las luces del pequeño cine-teatro de barrio se encienden y entonces ve la desolación de un espacio prácticamente vacío.

Los espectadores se levantan perezosos, como si fueran a realizar un intento con sus palmas para conseguir que pongan otra película, pero ninguno inicia el proceso y se van marchando.

Antonio se levanta y mira las últimas filas. Recuerda algún otro cine, diferente, le parece rescatarlo con olor a naftalina, a sudor, a golosinas... Cuando se sentaba con Rosa en una de las últimas filas sin importarle qué película iban a echar, porque a él lo único que le interesaba

eran sus labios, las palabras en un susurro, su sonrisa en penumbra, sus dedos cogiendo los suyos, sus muslos de carne que inicia sus primeros escarceos con el deseo...



La luz se apaga y se enciende un instante avisando de que deben salir porque la sala va a cerrar en unos minutos y él mira a su alrededor para darse cuenta de que es el único espectador que queda. El pensamiento le hace hilar su situación a la película de los últimos de Filipinas, pero no a esta nueva versión de hace un par de años sino aquella protagonizada por Fernando Rey y Tony Leblanc. No recuerda quién interpretaba la canción pero, mientras camina a

la salida, recuerda la letra: "Yo te diré/ por qué mi canción/ te llama sin cesar: me falta tu risa..."

Tropezó en el escalón que da acceso a la calle y la magia de la canción, del momento pasado, desaparecen de repente.



Se gira y mira el escalón con desconfianza, le gustaría enfadarse con él, pedirle explicaciones de qué hace allí, pero solo siente la necesidad de fumar. Lo advirtió mientras estaba en la sala, pero con el entretenimiento de la película y, sobre

todo, la prohibición, aguantó. El disparo de salida, advertido por el escalón, le hacen buscar en el bolsillo y darse cuenta de que no lleva el paquete.

Rebusca. Lo llevaba porque fumó antes de entrar en el cine. Se le habrá caído en el asiento. Maldice la suerte y piensa en los seis euros que le costó.

Caminará hasta su barrio y por el camino comprará tabaco y allí tomará, en el bar de su esquina, el de siempre, una copa, como tantas noches, antes de subir a la soledad de su casa.

Ya son demasiadas noches, demasiadas copas de brandy, demasiados cigarrillos, un sinfín de películas en blanco y negro. Siempre solo. Algunas noches está acompañado de la vecina del piso de arriba y no sabe por qué se reúnen en esas horas impersonales, salvo para tirar por

la ventana algún pedazo de la soledad que los rodea.

No tienen mucho en común, salvo el placer de ver películas en blanco y negro, cuando él cede a su empeño algunas más actuales también, y la angustia.



Había oscurecido cuando abandonó la sala del cine. Le fastidian los días de invierno, tan cortos, tan llenos de oscuridad, de recuerdos, de tristeza... Necesita la luz para sobrevivir, para estar todo el tiempo posible en la calle, sentado tranquilamente en un banco del parque.

Pero tiene frío y quiere regresar a casa, ya no le apetece volver a un

bar a dejar pasar las horas. En realidad, no sabe por qué lleva esas ideas a su cabeza cuando le consta que el bar es un local cerrado desde hace años.

Cruzarán el jardincito que hay delante del cine y llegará en unos pocos minutos a la avenida tras la que se perderá en un enjambre de calles iguales.

Hay tantas películas de las que hablar mientras camina por las calles con una estrella del cine, con actores que en alguna ocasión ha tenido el placer de conocer para conseguir, después de largas colas, un autógrafo y estar un instante cerca de ellos. Verlos coger un bolígrafo y trazar unas líneas donde dirán que te aprecian durante un par de segundos.

Han valido la pena todos esos momentos y él se deja acompañar por Greta camino de su casa. Le daría un beso, le cogería la mano, pero

hace frío y ambos las llevan en los bolsillos mientras pasean en silencio. La ilusión se deshace como papeillos en la lluvia al golpearle la luz de neón del único café que hay en la calle y se fija en el interior borroso que descubre la poca gente que hay en su interior. En la mesa próxima a la cristalera está sentada la muchacha que le vendió la entrada para el cine. Bebe de una taza de color blanco y a él le apetece entrar y charlar con ella, decirle que le gustaría acariciar sus manos, llegar a la mañana en su compañía.

Entra en el café. No hay problema para elegir una mesa y pide una copa de brandy, quizá otra bebida sería más acorde para la hora, pero es su costumbre, la copa de Soberano, como todas las mañanas antes comenzar el trabajo, aunque de eso hace mucho.

Ha elegido una mesa para ver el

exterior desde la cristalera y a un lado queda la joven, que parece no reparar en él y mira alternativamente la bebida y la calle. Él no le interesa, no existe y, sin previo aviso, se levanta y se marcha mientras él intenta pagar con rapidez la bebida para poder seguirla.



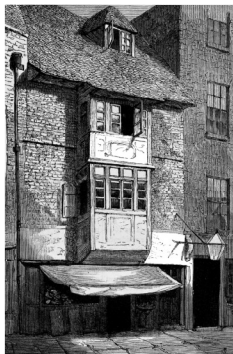
Ya no está en la calle cuando sale del local. Quizá debía haber dejado un billete de diez euros sobre la mesa y haber salido tras sus pasos, pero con su pensión no llega a fin de mes y no puede hacer despilfarros. El cine y un par de copas son demasiado para un solo día.



Cree escuchar pasos un poco más adelante. Los sigue por si fuera ella, pero son solo el rastro de gentes que caminan a algún lugar indeterminado y él se acerca a su calle, como tantas noches, tan solo para mirar el número, la puerta de la que tiene una llave inservible y seguir adelante. Una tontería, un momento de nostalgia, pero le gusta hacerlo. Le hace volver a otros momentos que parece que nunca se han acabado. Cuánto tiempo en blanco y negro, como sus recuerdos, cuantas horas frente al televisor apagado donde se refleja el vacío, una película lejana, distante, inacabada.

Aparta el ramaje de la oscuridad y se abre paso entre la luz amarillenta de las farolas hasta llegar al número 18 de una calle prácticamente abandonada. Pensó que quizá comenzarían pronto las obras, pero las casas se acercan y se llenan las fachadas con

avisos de prohibido el paso y de peligro. Mira al segundo, el balcón inundado de polvo y vejez. Le gustaría subir y estar allí un ratito, pero todo se reduce a que fue un buen momento para vender la casa y repartir el dinero entre sus hijos, a los que era necesario ayudar.



Le parece que la vida es una batalla perdida. Sonríe a sí mismo por el pensamiento, digno de un guión de película de guerra, y sigue su camino después de mirar el reloj y comprobar la hora. No lleva el teléfono móvil, así

no le importarán con ninguna llamada. Ya es mayorcito para hacer lo que considere oportuno.

Le remuerde la conciencia, estarán preocupados por su tardanza, especialmente Clara, su vecina del piso superior, con la que quedó para ver "Con faldas y a lo loco" o "Irma la dulce"; no son sus favoritas pero eso, acompañado de una amiga y de una tableta de chocolate sin azúcar son una buena oferta.

Piensa que quizá podría ir un poco más lejos, como si estuviera con ella en la última fila de un viejo cine, le gustaría un contacto corporal que vaya más allá de sus cuerpos próximos mirando la pantalla.

Fantasea con la idea de que ella sea Katharine Hepburn y él Spencer Tracy o no, mejor Cary Grant, ese sí que era un galán de cine. Es la idea perfecta y, mientras camina por una ruta que sabe de memoria, recrea su

mundo sin importarle por dónde transita, aunque siente la oscuridad plomiza de la ciudad llena de frío.

Se detiene en un semáforo y cruza rápido un coche con las luces azules encendidas para advertirle de que debe volver a la realidad, de que no es bueno estar en una nube y que alguien lo espera.



El recuerdo de la joven regresa, quizá vuelva al cine tan solo para reencontrarse con ella, para escuchar su voz que pregunta si quiere una entrada o, más probablemente, no vuelva nunca. Quién sabe.

Se siente cansado, posiblemente ha caminado mucho. Vuelve a echar de

menos el buen tiempo. Entonces se sentaría en un banco de algún parque, quizá debería hacerlo de todas maneras y entretenerse mirando a los que pasan, que lo observarían sorprendidos, posiblemente sentirían pena por él e incluso alguien llamaría a la policía para que lo salvaran de morir congelado.

Un pobre viejo loco, pensarían, o un sin techo al que alguien debe ayudar sin acercarse mucho por si existiera contagio.

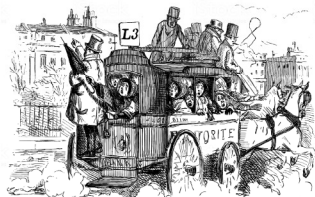
Lo mejor será sentarse en el banquito protegido por una marquesina por donde pasará el autobús. Mira un panel próximo: L1, L3, L6. No importa la L ni el número, todos los autobuses

paran cerca de su residencia, como si se hubieran puesto de acuerdo y a él no le apetece caminar más y se queda sentado a sabiendas de que nadie llamará ya a la policía por estar allí, el lugar tiene salvoconducto.

Finalmente, no espera el transporte público y vuelve a andar. No está lejos de su residencia, pero la tarde le parece muy triste, tanto como la mirada de Clara y quiere encontrarse con ella y a la vez no tiene ganas porque hoy el perfil silencioso de la joven va clavado en sus retinas como alguna amiga que tuvo hace mucho y de la que le gustaría saber qué hace en ese momento.

No, no quiere saberlo. El tiempo no es buen compañero para realizar esas preguntas que lo pueden llevar a una respuesta no querida.

Cuando entra en la residencia para mayores lo miran con reprobación. "¿Dónde has estado?". Le pregunta



alguien sin que él se detenga ni conteste nada.

En el comedor, los más rezagados apuran la cena. Sus compañeros de mesa se han marchado al salón multitudes y ni tan siquiera Clara está allí. Quizá hubiera debido pedirle que lo acompañara, que fuera con él al cine o a tomar algo, pero esa tarde abatida a él también la apetecía estarlo o quedarse solo para llenarse de los recuerdos de una vieja película sin color en la última fila de un cine olvidado.

La cocinera le ha reñido por su tardanza, pero no parece importarle mucho y le lleva la cena.

Cuando va al salón, Clara está allí sentada, mirando la televisión. Se

da cuenta de que lo mira de reojo, le reprocha que no la haya llevado con él a caminar por la ciudad, porque ella también está sola y necesita un poco de cariño.

—¿Tienes alguna película preparada para esta noche?

La mujer lo mira, acaricia sus dedos, sin preocuparse de las miradas de los demás, con sus manos suaves, deformadas por la artrosis y asiente.

—Tarambana. Pero hoy no será en blanco y negro, la elijo yo.

Caminan en dirección a la habitación de ella, en el piso superior al suyo, para ver, una noche más, una película en el video de una colección de películas vistas muchas veces y él piensa que le hubiera gustado conocerla hace muchos años, cuando Clara tuviera la textura de un sueño. Quizá esa noche se atreva a preguntarle si puede quedarse a dormir con ella.



## EL SUEÑO DE MARÍA

Paula Díaz Rojo

GANADORA CATEGORÍA INFANTIL

**M**aría siempre había querido bailar en uno de esos teatros gigantescos en los que actuaban bailarinas profesionales, pero a ella le faltaba una pierna y aunque se pusiera prótesis nadie la quería en su academia de baile.

—¿Y si se le cae la prótesis en medio de una actuación? —decían algunos.

—Con la pierna robot que lleva no se baila igual —se excusaban otros.

—No está hecha para bailar—. Esa última fue la que más le dolió.

Se replanteó dejar el baile, pero luego recordó una frase que había leído: "El fracaso da lugar al éxito," y es justo lo que iba a hacer: llegar al éxito.

Además todo el colegio estaba lleno de folletos que anunciaban un cas-

ting para hacer una obra de teatro llamada "El cascanueces", ¡era su gran oportunidad!



Se aprendió todos los pasos de memoria y los practicó una y otra vez frente al espejo hasta que llegó el gran día.

Cuando llegó su turno, María ejecutó todos los pasos a la perfección, pero ella no fue la única, pues la niña más popular de toda primaria,

Amelia, había bailado tan bien el cascanueces que parecía una de esas bailarinas profesionales.

Cuando todos habían terminado sus actuaciones, la profesora de baile les metió en una pequeña sala y a los cinco minutos volvió con una libreta en la mano.

—Mis queridos concursantes, he de comunicaros que de veinte participantes, solo he podido coger a cinco, que son: Amelia, Emma, Chloé, David y María. Vosotros luchareis en la última prueba por el papel principal.

No se lo podía creer, por fin, después de muchos rechazos, alguien la había aceptado.

—Has tenido suerte, pero que sepas que en la prueba final no tendré piedad —dijo Amelia, que se había acercado a ella muy silenciosamente.

—Lo mismo digo —dijo María con cara de pocos amigos, y después se

fue a ensayar, porque no podía perder ni un solo segundo en tonterías. Ensayó día y noche, no paró a descansar ni a beber agua, pensó en que si conseguía ser la protagonista de El Cascanueces, se lo restregaría a todas esas personas que la infravaloraron y subestimaron, podría demostrar que no era menos por carecer de una pierna.

Cuando llegó el día el día de la prueba final, María estaba muy nerviosa, pero no iba a permitir que los nervios la dominaran, se puso su mallot, se calzó unas punteras nuevas, se recogió el pelo en un bonito moño y se fue a hacer la prueba.

Cuando llegó, Chloé, Emma y David ya habían bailado y estaba bailando Amella, pasaron unos minutos y ésta terminó su actuación, era el turno de María y cuando empezó a sonar la música, María intentó moverse con más agilidad y delicadeza,

había mucho en juego y no iba a permitirse ni un solo fallo.

Cuando María terminó, la profesora hizo unos últimos apuntes en su libreta y luego se dirigió a los chicos:

—Lo habéis hecho todos genial y siento mucho en el alma que solo pueda bailar uno..., pero bueno, después de observaros a todos, creo que quien debe bailar el cascanueces es; ¡Amelia!!

¿Cómo? No podía ser cierto, ella había dado lo mejor de si misma y había fracasado, como de costumbre.

Cuando llegó a su casa, les dijo a sus padres que estaba bien, que no pasaba nada, aunque la verdad es que tenía unas ganas enormes de llorar.

Pasó unos días muy triste y desanimada, pero cuando llegó el día del espectáculo, no dudó en acudir con sus padres, y desear suerte a Amelia.

María cruzó la puerta, se encontró a Amelia sentada en una silla, llorando a moco tendido y sujetándose el pie.

—¿Pero qué te ha pasado?— dijo María.

—Me he tropezado y me he torcido el tobillo —dijo Amelia entre sollozos. —¡Tendrás que bailar tú! ¡Corre, ve a cambiarte!

Cuando se abrió el telón todos estaban expectantes, esperando ver a Amelia bailar, pero se quedaron asombrados cuando vieron aparecer a María.



María estaba deslumbrante, tenía un brillo especial en la mirada. Llevaba un mallot y un tutú rosas, a juego con las punteras. Se sentía como una princesa.

La música empezó a sonar y María se dejó llevar. Cerró los ojos y dejó que sus pies la llevaran, parecía flotar.

Cuando la música cesó, María contempló emocionada como todo el

teatro aplaudía, pudo ver a su amiga Amelia como caminaba perfectamente y le obsequiaba con un precioso ramo de flores.

María recibió un bonito trofeo, pero su mayor regalo fue ver el gesto tan bonito que tuvo su amiga. Por fin había conseguido su gran sueño y todo gracias a su amiga.



### REFLEJOS

Marina San Millán García  
FINALISTA CATEGORÍA ADULTO

Cuando Antonio salió de la consulta en su silla de ruedas se encontró en la misma puerta con dos agentes de policía que habían llegado con un detenido. Parecía que tenían mucha prisa para que se les atendiera, cargando contra las enfermeras de su ambulatorio, diciendo que si allí no trabajaba nadie.





Ellas no tenían la culpa de que no hubiera una simple grúa para poder movilizarle tan dignamente como se merecía, allí siempre le habían atendido muy bien, pero ahora con la pandemia estaban desbordados, apenas tenían personal.

Antonio llevaba con escaras desde el mes de agosto, pero hasta ahora no se había atrevido a ir a curarse por miedo a contraer el coronavirus. Su madre se las había estado cuidando en casa con el material que le habían indicado cuando empezó todo, pero ya había llegado un momento que aquello no se cerraba, e incluso se iba haciendo cada vez más grande. Se había levantado un poco preocupado porque no sabía qué le iban a decir. Muchas veces el tratamiento que recomiendan es quedarse en cama boca abajo y eso a él le producía mucha ansiedad porque tumbado no se podía mover.

Además, siempre pensaba en todos los problemas que tenía para salir de casa desde hacía más de un año y que ahora se habían acentuado por la pandemia.

Cuando estuvo listo para volver a su casa y salió al pasillo pudo ver quien era el detenido. No se lo podía creer: entre dos hombres uniformados, con unas esposas puestas, con mala cara y una ropa sucia y desgastada estaba Luciano, su vecino



del segundo. Siempre le había considerado un tipo raro porque no se comunicaba con nadie. Entraba y salía de casa a unas horas que no eran normales y nadie sabía a dónde se

dirigía ni qué hacía durante todo el día. Las veces que se habían cruzado siempre había sido amable con él y si le había visto en apuros le había ayudado, pero siempre con la cabeza gacha, mirada perdida y parco en palabras.



Todo el mundo pensaba que Luciano era un criminal, que durante todo el día estaba vagando solo por la calle robando a las jovencitas que paseaban por los parques, pero Antonio creía que eso no era verdad porque llevaba en el vecindario ocho años y nunca había dado nin-

gún problema. Tenía un comportamiento diferente a los demás, pero jamás molestaba a ninguno de los vecinos.

No sabía si Luciano le había reconocido, estaba algo más distraído de lo normal, parecía que le hubiesen dado un sedante y se estuviese quedando dormido, porque se le doblaban las rodillas mientras esperaba. La verdad es que daba mucha pena verle así. Se quedó parado un momento pensando en si acercarse a saludarle o dirigirse al policía a ver si podía ayudar en algo. Al final decidió acercarse a un tercer agente que se había quedado justo en la puerta del edificio para apoyar por si había algún problema, a preguntarle si podía hacer algo.

—Disculpe, caballero, pero yo conozco a ese hombre. Se llama Luciano, ¿verdad? Vive en el segundo de mi edificio. Los vecinos piensan

que no es de fiar, pero yo siempre he creído que debe de tener un problema de fondo que no sabemos. ¿Puedo hacer algo por él? No tiene muy buen aspecto.

—Buenas tardes, señor, la información es confidencial, como siempre, pero para su tranquilidad le diré que Luciano no es peligroso. Él es una persona normal, que hace una vida como la de cualquiera, pero que tiene sus cosas como todos porque en este mundo no hay nadie perfecto ni igual. Sería muy aburrido, ¿no cree?

—Tiene usted razón. Si fuéramos iguales sería todo demasiado monótono, pero por desgracia en este mundo la diversidad no siempre es bienvenida. A la gente le cuesta entender que yo pueda ir en silla de ruedas y hacer una vida normalizada pese a todo, o que un vecino tenga un carácter extravagante.

Todos deberíamos de ponernos más a menudo en los zapatos de los demás, nos iría mucho mejor.

En ese momento salió una enfermera de la sala de curas donde habían atendido a Antonio e hizo



pasar a los hombres que custodiaban a Luciano. El agente que charlaba con Antonio se quedó guardando la puerta y siguió hablando.

—Estoy de acuerdo en que deberíamos de ponernos más en el lugar de los otros, sobre todo en el vuestro para conocer de primera mano las

dificultades que tenéis, pero hoy en día eso me parece imposible. La gente va a lo suyo, sin mirar lo que pasa a su alrededor y si te puede pisar lo hace, les da igual. Me da mucha pena que el mundo sea así.

Antonio iba a responder, pero se abrió la puerta y uno de los policías que estaba dentro con Luciano llamó a su compañero. Antonio no pudo oír lo que se decían así que decidió irse a casa. Se despidió de las enfermeras y auxiliares y se fue hacia el taxi que le esperaba en la puerta, meditando sobre lo que había visto.

Josefa, su madre, le esperaba viendo una película en el salón. Vivían los dos solos desde siempre. Antonio se colocó a su lado y terminó de verla con ella. No le gustó mucho porque en hablaba sobre la amistad y el amor y él no tenía amigos. A la hora de la verdad no podía

asistir a muchos sitios porque necesitaba muchos cuidados que requerían una cama para hacerlos. Y era consciente de que nunca llegaría a tener una relación de pareja, ni podría tener hijos. Entonces se acordó de Luciano.



—Mamá, me gustaría contarte algo.  
—Claro, hijo, ¿qué pasa? Tienes cara de preocupación.

—No, para nada. Un poco, a lo mejor. Hoy me encontré en el centro de salud al vecino del segundo B, al que llaman “el raro”. Me extrañó verle tan lejos de casa, solo eso. Además, no estaba en muy buenas condiciones. Me gustaría subir a ver qué le pasaba. ¿Qué te parece?

—Tú mismo lo has dicho, es muy raro y no sabemos cómo va a reaccionar. Lo mismo le sienta mal y te agrade, o yo qué sé. Quédate en casa, por favor.

—Mamá, estás siendo injusta. Conmigo siempre se ha portado bien, es amable cuando me ve y cuando me he encontrado en algún apuro me ha ayudado sin ningún problema. No hay que prejuizar a la gente si no la conoces. Si yo estuviera pasando un mal momento, ¿no te gustaría que alguien se acercara a echarme una mano? Deberías de darle una pensada.

Josefa le miró en silencio un momento.

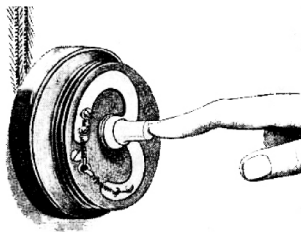
—La cena está hecha, se enfriará si no la tomamos ya.

Comieron sin dirigirse la palabra, escuchando las noticias en televisión. Pero a Antonio no le interesaba lo que decía el presentador.

Había tomado una decisión: nada más terminar a subiría a ver a su vecino. Les separaban solo dos pisos y no tenía por qué hacer todo lo que quería su madre. Era un hombre adulto y tomaba sus propias decisiones,

—Voy a subir a ver al vecino, quiero comprobar por mí mismo cómo se encuentra. No tiene por qué pasarme nada.

No esperó a que ella dijera nada. Se separó de la mesa y salió al pasillo en dirección al ascensor. Le tembló un poco la mano al llamar al timbre. ¿Qué iba a decir cuando abrieran la puerta? No conocía nada de la vida



de su vecino. ¿Vivía solo? ¿Tenía familia? ¿Y si tenía perro? Uno de esos perros grandes que se tiran a la gente que no conocen... Escuchó pasos y una voz femenina se apresuró a decir que abriría enseguida. Era una mujer de unos cuarenta años, morena y muy delgada, que le saludó con gesto de extrañeza.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarle?



—Hola, soy Antonio, el vecino del bajo. Perdona que me presente así en su casa, pero hoy he visto a Luciano en el ambulatorio y me he

preocupado un poco porque está lejos de casa —omitió el hecho de que iba con la policía y esposado, por si no había contado toda la historia en casa.

—Pase por favor. Soy Lorena, la tía de Luciano. mi sobrino está en el salón. Seguro que se alegrará de verle.

Antonio siguió a la mujer. La habitación no era muy grande, pero estaba decorada con buen gusto. Luciano le recibió con cara de extrañeza.

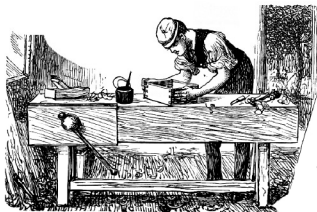
—Buenas noches, Luciano. Soy Antonio, tu vecino del bajo.

—Ya sé quién eres, te he ayudado alguna vez en la entrada. ¿Qué quieres?

—Hoy te vi hoy en el centro de salud y me quedé preocupado.

—No fue nada grave. Tuve un pequeño percance en el trabajo, gracias por preguntar.

Luciano su puso el dedo índice en la boca para que Antonio no hablara de la policía y Antonio dijo que sí con la cabeza porque entendió que la tía de Luciano no sabía nada.



—No sabía que trabajabas. ¿A qué te dedicas?

—Estoy en un centro especial de empleo, haciendo cajas de madera y bisutería. Llevo allí cuatro años, desde que conseguí aprender a valerme por mí mismo a pesar de mi esquizofrenia y de las crisis que me dan de vez en cuando. Antes eran muy fuertes y no las podía controlar, pero ahora estoy bastante mejor.

—Lo importante es que ya estás en casa. Te veo muy bien.

—Ahora sí, pero hoy todo ha sido diferente. Se me ha escapado el martillo y me he dado un golpe fuerte en el dedo. Se hinchaba y me dolía, he empezado a sangrar y me he puesto muy tenso entre unas cosas y otras —miró a la puerta para ver si su tía estaba allí y como no la vio siguió hablando—. En el trabajo no sabían que hacer y han llamado a la policía por miedo a que me pusiera violento. Me han dado un sedante y me han llevado a curar, pero en la consulta me he puesto muy nervioso otra vez y me han tenido que sujetar entre los tres policías.

—Menuda movida. ¿Te han hecho daño?

—Un poco, hacían mucha fuerza, la verdad. Por desgracia estoy acostumbrado. En vez de como enfer-

mos nos tratan como criminales. La gente se asusta y ya de primeras llama a la policía sin plantearse llamar a los servicios de emergencia. Es una locura. Un médico de guardia ha modificado un poco mi medicación, de momento he cogido la baja y han conseguido adelantar las citas del psicólogo y psiquiatra a la semana que viene para ver cómo voy. Tengo como recomendación salir a pasear y hablar con gente conocida, pero como no tengo amigos porque todo el mundo piensa que estoy loco no sé cómo lo voy a hacer.

—Te entiendo, yo tampoco salgo mucho. Mis amigos tienen su vida, están casados, tienen hijos y yo me quedo un poco de lado. Casi siempre salgo solo.

—Yo no salgo porque no tengo amigos y me da miedo hacerlo solo por las crisis. Al final me quedo en casa

o termino saliendo con mi tía. Todo un planazo.

—Podríamos probar a salir algún día juntos, a ver que tal nos va.

—¿De verdad? Nunca he tenido un amigo. No sé si sabre hacerlo bien.

—No te preocupes, lo aprenderás sobre la marcha, como hemos hecho todos. Poco a poco podemos ir conociéndonos y viendo si podemos ir haciendo cosas juntos. ¿Te parece bien?

—De acuerdo —dijo Luciano, no muy seguro—. Mi tía va a alucinar.



El viernes por la tarde Antonio esperaba en la parada del autobús. El conductor del 155 empezó a extender la rampa trasera para que subiera con su silla, pero él le dijo que no iba a subir. Luciano bajó con una sonrisa.



—¿Cómo ha ido el día, chaval? — preguntó Antonio.

—He terminado un collar. Ha quedado tan bien que voy a regalárselo a mi tía por su cumpleaños. Pero no le digas nada, que es una sorpresa.

—Tendré la boca cerrada, pero quiero uno para mi madre también. ¿Cuánto cuesta?

—Si me invitas a un café, lo hago gratis.

—Venga —prometió Antonio—. Conozco un bar donde te ponen un

churro de acompañamiento, ¿vamos?

Yo hoy he tenido suerte al venir, normalmente tengo muchos problemas con las rampas, pero todo ha funcionado a las mil maravillas.

—¿Tú crees que puede ser una señal?

—¿Una señal de qué?

—De que vamos a disfrutar de la tarde.

—Seguro que sí.



### EL SUEÑO DE ABDUL

Leo García Garza

FINALISTA CATEGORÍA INFANTIL



Abdul llevaba muchas noches sin pegar ojo. Aparte de que hacía cuatro días de haber comido su último plato de arroz, ya se había acabado también eso y toda la comida en buen estado. Estos días estaba sobreviviendo gracias al agua de la

fuelle y las cáscaras de mandarina. Pero el hambre no era la razón por la que Abdul se sentía incómodo, sino porque al siguiente día partiría hacia España en patera. Sus padres estaban convencidos de que era la hora de que Abdul, el único hijo que les quedaba, a sus 11 años fuera a traer algo de dinero a su familia.

Al día siguiente Abdul se vistió de la única ropa que tenía y salió a la calle dispuesto a ir a España, aunque eso implicara abandonar a sus padres. Tras una triste y larga despedida Abdul partió a España con su primo Doumbia de 20 años que



le acompañaría en el viaje y luego se volvería a Marruecos, y con 68 personas más en una patera. Tras un viaje muy largo y muy duro, donde murieron 24 personas, que por fortuna ninguna de ellas era Abdul.

Una vez llegaron a España, Doumbia se tuvo que volver y a Abdul lo trasladaron a un centro de menores. Una semana después a Abdul lo dejaron salir a dar una vuelta y así poder ver su nueva ciudad.

A mí, Leo García Garza, nunca se me olvidaría ese 11 de febrero de 2021. Estaba resultando ser un día normal y yo estaba volviendo del colegio cuando me encontré a un niño marroquí de unos 11 años, es decir, de mi edad, que estaba llorando a pleno pulmón en medio de la calle. Entonces fui y le pregunté que le pasaba pero él no me contestó, no parecía entender nada.

Cuando ya me iba a ir dijo algo en un idioma que no entendí y señaló al centro de menores que estaba enfrente de nosotros.

—Conque vienes de ahí —dije.

Él no pareció escucharme y siguió hablando, cuando se dio cuenta de que yo tampoco le entendía empezó a hacerme gestos y entonces lo capté al a perfección.

—Lo que quieres es que alguien te acoja, ¿no? —repliqué.

—¡Leo, sube ahora mismo! —dijo mi madre —¡Aunque estés lejos te veo desde aquí!

—¡Ya voy! —contesté.

Cuando subí a casa le conté a mi madre todo lo sucedido y ella me dijo:

—¿Sabes? Estaría bien acoger a ese crío durante algún tiempo, el pobre lo estará pasando mal.

Toda la familia estaba de acuerdo en acogerlo por lo que bajamos al

centro de menores. Y tras firmar unos cuantos papeles, Abdul por fin se vino con nosotros.

En cuanto llegó a casa le tratamos con mucho cariño, le enseñamos nuestro idioma, le dimos arroz y muchas otras cosas ricas. Pero, sobre todo, le preparamos para que viniera al cole conmigo, así aprendería mucho más de lo que le enseñaban en Marruecos.

Resultaba que Abdul, una vez que aprendió español, era el más listo de la clase con diferencia y, además, en el fútbol era un auténtico crack.



Eso a Juan, el chulito de la clase, no le gustó nada y empezó a meterse con él por su color de piel y porque sus padres auténticos eran muy pobres.

Entonces empezó a acosar a Abdul por esos dos motivos y él no se lo quería decir a la profe porque era muy tímido. Yo conseguí convencerle y le dije que no tenía que chivarse, sólo contar lo ocurrido, sin echarle la culpa a los demás, porque si no le odiarían.

Ese día Abdul fue a la profe y le preguntó si podía decir unas cosas en voz alta. Ella aceptó por lo que Abdul empezó a hablar:

—Estas últimas semanas la gente se ha metido conmigo por mi color de piel y por la escasez de dinero de mis padres. Pero a mí no me importa. A mí me gusta mi color de piel si a vosotros no, ¡qué le vamos a hacer! Pero no es razón para que me insultéis. Pero lo que de verdad me duele es que os metáis con mis padres. Ellos hacen todo lo que pueden por mí y me han mandado aquí para tener un buen futuro, así que

espero que no volváis a insultarme ni a mí ni a mis padres.

Desde ese momento nadie volvió a insultar a Abdul y todo quedó olvidado.

Pasados unos meses Abdul ya tenía los conocimientos y el dinero suficiente que le habíamos ido dando nosotros para regresar a su país y ayudar mucho a su familia.

El día de la despedida fue muy duro, pero le deseamos mucha suerte, le abrazamos y, antes justo de irse, vino hacia mí y me dijo:

—Gracias por todo, Leo, nunca te olvidaré.

—Yo tampoco— le grité.

Y así, gracias a Abdul, hice un buen amigo y aprendí una lección muy valiosa.



## OJOS DE GATO

Aurora Tárrega

CERTIFICADO DE PARTICIPACIÓN CATEGORÍA ADULTO

**A**l final de la calle vive un niño que parece una gato.

Dicen que es brujo y si te mira a los ojos, al día siguiente amanece con cara de gato.

También dicen que no tiene amigos y siempre está jugando con sus más de cincuenta gatos. Mi padre me contó que todos esos gatos son niños que han caído en su hechizo, pero yo no me lo creo y hoy he ido a comprobarlo. Me he puesto unas gafas de sol -por si las moscas- y he mirado a través de un agujero que hay en los setos de su jardín. No he visto al niño que parece un gato pero he escuchado como se ríe. Tiene una risa de esas tan contagiosas que he terminado riéndome a carcajadas, tanto que el niño se ha asomado por el mismo



agujero y entonces me he topado con uno de sus ojos. No me he parecido un ojo que diera miedo y, como aún no me había convertido en gato, he aprovechado para decirle hola. Él me ha respondido enseguida, es muy simpático y sus gatos son muy juguetones.

Los padres del niño cuando me han visto, se han puesto muy contentos y me han invitado a entrar. Me han explicado el motivo por el cual las

pupilas de su hijo se parecen a las de un gato.

No me parece que sea un motivo de brujería, más bien de genética como han dicho ellos. Y ya tengo claro que

mañana no amaneceré hechizado con cara de gato, aunque no me importaría, solo por volver a jugar con mi nuevo amigo de ojos felinos.



### SOBRE RUEDAS

Rocío Torres Rodríguez Navas

CERTIFICADO DE PARTICIPACIÓN CATEGORÍA INFANTIL

**H**ola, vengo a contar una historia que le pasó a una amiga mía. Su nombre es Elena. Ella conoció a una niña en su colegio, se llamaba Kima y como iba en sillas de ruedas nadie quería jugar con ella. Elena le preguntó si quería jugar con ella, pero sus amigas le dijeron que ellas no querían jugar con Kima porque iba en silla de ruedas y no podía jugar a muchas cosas.

Elena le dijo:

—Da igual jugaremos nosotras dos.

Kima dijo:

—Vale.

Elena le preguntó que por qué iba en silla de ruedas. Kima le dijo que nació con este problema y que nunca podría caminar.

Elena dijo:



—Bueno, ¿quieres jugar a algo?

Kima le dijo:

—No puedo hacer muchas cosas, pero si me ayudas puedo jugar en los columpios.

Elena le dijo:

—Vale, te ayudaré.

Jugaron todos los días en el recreo y por las tardes.

Un día, las niñas se presentaron a los padres pasaron la tarde juntas y

Elena se quedó a dormir con Kima.

A la mañana siguiente Kima se des-

pertó, bajaron a desayunar y fueron al parque. Elena la ayudó a subir al columpio y Kima dijo:

—¿Me traes agua?

Elena fue a coger el agua y se dio cuenta de que alguien la perseguía se dio la vuelta y era Kima, que estuvo haciendo esfuerzos para poder caminar.

Elena se impresionó, se emocionó y la abrazó.

Y fueron felices como amigas para siempre.





**P A P E N F U S S**